

Biblioteca Ilusión

Publicación Semanal

25 cts.

Núm. 55



**EL QUE NO CORRE, VUELA**  
POR DOLORES COSTELLO Y JOHN HARRON

Biblioteca Ilusión

THE LITTLE IRISH GIRL  
1926

# El que no corre vuela

Versión literaria de la película del mismo título,  
interpretada por los notables y célebres artistas

J. HARRON y D. COSTELLO

Exclusiva  
CINEMATOGRÁFICA VERDAGUER  
Consejo de Ciento, 290 : BARCELONA



REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN  
PARÍS, 204 : BARCELONA

# 13 sup no corre Aurelia

A. HARRON & D. COSTELLO

REUNIÓN AGITADA Y TAMBORILADA  
BAILE DE OTOÑO

Tipografía La Académica  
Herederos de Serra y Russell  
Calle Enrique Granados, 111  
Teléfono G-ros : Barcelona

con sucedió que si se quedaba sola una noche  
olvidó como se quedó sola abriendo la puerta  
para la noche anterior y quedó sola en la noche  
que se quedó sola en la noche anterior

## EL QUE NO CORRE VUELA

### PERSONAJES

Roberto Hayes.....	John Harron
Aurelia Walters.....	Dolores Costello
Jacobito Sully.....	Lee Moran
Pedro Crawford.....	Matthew Betz
Señora Palmer.....	Gertrude Clair

A la orilla del Mar Pacífico, San Francisco de California no es la odalisca que dormita con el rostro vuelto hacia Oriente : es el hombre de negocios agitado y febril que busca sólo un momentáneo descanso junto a las olas para volver a emprender sus tareas con el brío de siempre. La vida cosmopolita da lugar a muchas industrias, pero ninguna tan lucrativa, aunque expuesta, como la que practican una pandilla de vividores que se amparan en la belleza de una joven llamada Aurelia Walters, uno de esos adorables productos mixtos de maldad e ingenuidad que viven entre el cieno sin mancharse, realizando ese prodigo gracias a su candor nativo.

Mas Aurelia Walters, a la que hemos mencionado así como de paso, merece más amplio comentario. La muchacha pertenece a una vasta organización que tiene por lema recibir amablemente a los turistas que pisan por primera vez San Francisco de California, y con la mayor amabilidad del mundo y gracias a un ingenioso truquito que la jovencita se trae, conducirlos a una casa de juego denominada pomposamente Club Rialto, y allí, ante la fascinación del tapete verde, despojarles de las sumas que siempre los que recorren mundo llevan consigo... y que dejaban sin apenas darse cuenta. De modo que a los componentes del Club citado les tenía sin cuidado la belleza de Aurelia, que al fin y al cabo era un engranaje de su complicada maquinaria para desvalijar al prójimo.

Veamos, sin embargo, cómo actuaba Aurelia. Situábase indefectiblemente en las inmediaciones de las estaciones más concurridas, y allí atisbaba al cliente, nombre con que gallamente llamaban sus socios a la víctima que caía en sus garras. Pero atención, que Aurelia empieza a trabajar. Por la puerta de salida de la estación acaba de aparecer un joven de porte sencillo, pero denotando esa elegancia a medias tintas propia de los provincianos. Vamos a presentarlo, porque tal vez sea él el próximo cliente del Club Rialto.

Se llama Roberto Hayes y es un jovencito incauto que por primera vez en su vida aban-

donó el tranquilo rincón de su provincia. Los gigantescos edificios que le hacen elevar la cabeza con evidente molestia del cuello le dejan perplejo, y verdaderamente ya no sabe qué admirar más si la población que los posee o los hombres extraordinarios que supieron construirlos desafiando los mil peligros y casi burlándose de la ley de la gravedad.

Pero cuando más abstraído se halla en la contemplación de tanta maravilla arquitectónica, un incidente inesperado vino a turbar su éxtasis contemplativo.

Un raterillo intentaba llevarse su maleta, cuando una jovencita, en quien ya habrá adivinado el lector a la avispa Aurelia, le advirtió de lo que acababa de ocurrirle. Roberto emprendió veloz carrera tras el ladronzuelo y prontamente le dió alcance recuperando la maleta.

Una vez en posesión del artefacto tan indispensable al viajero dejó Roberto con cierta turbación.

— Señorita : es la providencia quien la ha mandado a usted con tanta oportunidad, que veo claramente en usted una enviada del cielo...

— Tanta amabilidad me confunde, joven. Me he limitado a cumplir con un elemental deber de conciencia.

— ¿Y no me será dable verla a usted otra vez?

— Quizá sí, quizá no : nadie sabe lo que puede suceder mañana...

Y la joven dió a Roberto su tarjeta, en la que Roberto leyó:

AURELIA WALTERS  
481, calle Lincoln

Ambos jóvenes despidiéronse, y la simpática Aurelia subió a un tranvía dejando caer su monedero. Apresuróse Roberto a recogerlo, mas ya no pudo devolverlo a su dueña, que había desaparecido doblando una de las travesías. Pero como afortunadamente Roberto guardaba la tarjeta, por ella vino en conocimiento del domicilio, donde se presentó después de dar vueltas y más vueltas por la ciudad.

Precisa conocer que en la calle referida en la tarjeta y en el número en ella indicado tenía su domicilio social el pomposamente llamado Club Rialto, un garito donde se tiraba de la oreja a Jorge y en los intermedios se fraguaban complotos contra el bolsillo ajeno. Jacobito Sully era uno de los personajes más importantes del Club, y el principal director del negocio era Pedro Crawford, que siempre saltándose a la torera el Código Penal y escurreniéndose como una anguila de entre las mallas de la ley seguía llevando adelante aquella descarada explotación de incautos.

Tratando sus negocios se hallaban en el momento en que Aurelia se presenta.



*El Club Rialto era en realidad un garito elegante*

— ¿Qué tal? ¿Cómo ha ido tu paseo de exploración?

— Regular nada más. No he tenido mucha suerte.

— Vamos, que como de costumbre no has sabido dejar caer el monedero en los sitios estratégicos...

— Algo he conseguido: le he echado el anzuelo a un jovencito tímido con aspecto provinciano, que extraño no se encuentre ya aquí.

— ¿Y promete el pollito buena cosecha de papel?

— Parece que viene forrado y es más cándido que un monaguillo.

— Vamos a ver si tendré ocasión de felicitarte.

Jacobito, que estaba pendiente de las palabras de Aurelia, dijo muy desilusionado :

— ¡Bah!, una esperanza que se desvanecerá. Están hoy las cosas como para hacerse hombre de bien y aprender otro oficio.

— No seas pesimista. Este jovencito ha mordido el cebo y vendrá de un momento a otro más dispuesto que un mártir — replicó Aurelia.

Como si hubiera escuchado las palabras de la hermosa joven llamaron a la puerta, y al abrirla se dibujó en el umbral la silueta tímida y no desprovista de elegancia de Roberto Hayes.

— Le traigo el monedero que ha perdido usted al subir al tranvía.

— ¿Pero por qué se ha molestado usted en traerlo personalmente? Podía haberlo remitido por correo... Es usted muy amable... Entre usted unos momentos y descansará usted...

Roberto contemplaba el lujo raro de aquellas habitaciones que iban atravesando hasta llegar a un confortable saloncito, donde tomó asiento.

Aurelia se instaló junto a él y le colmó de atenciones, obsequiándole de continuo con sus encantadoras sonrisas que iban produciendo su efecto en el alma sencilla de Roberto, que

se sentía invadido por la atracción irresistible que se desprendía de la interesante personilla que tenía tan cerca y que le trataba con tan benevolente amistad. Por fin atrevióse a indagar algo, y como le pareciera que donde se hallaba no era solamente una casa particular interrogó a Aurelia :

— Y dígame : ¿Es acaso alguna sociedad?

— Sí, es un Club muy frecuentado por hombres de grandes negocios. Aquí se fraguan las constituciones de grandes trusts y los monopolios tienen aquí muchas de sus frecuentes reuniones financieras.

— ¡Ah! ¡Caramba! — dijo Roberto, admirado.

— ¿Acaso usted es también hombre de negocios?

— Yo, precisamente, no, señorita ; pero vengo a San Francisco comisionado por mi abuela para tratar de un asunto comercial.

— Pues entonces permita usted que yo me presente... Soy la secretaria del Club, y si a usted le es necesario puedo ponerle en relación con los más importantes miembros que lo constituyen.

— ¡Cuánto le agradezco su oferta!...

Aurelia levantóse, y acompañó a Roberto a una de las habitaciones interiores donde se hallaban Pedro Crawford y Jacobito Sully jugando a las cartas como verdaderos hombres de negocios.

— Mis señores Crawford y Sully, tengo el

honor de presentar a ustedes un jovencito que la casualidad ha puesto en mi camino y que justamente se encuentra en San Francisco por cuestiones financieras. He creído que nadie mejor que ustedes para orientarle, puesto que es la primera vez que pisa nuestra capital.

— Perfectamente — dijo Crawford, teniéndole la mano y golpeándole en la espalda con una familiaridad que Roberto creyó era la distintiva del Club cuando los noveles visitantes eran presentados por la bella secretaria. Y luego añadió :

— Cuéntenos usted como sus mejores amigos y al mismo tiempo queda usted presentado a don Jacobito Sully, poderoso rey de la hulla, que estaba echando una partidita de naipes conmigo para esperar la apertura de la Bolsa...

Verdaderamente Crawford había dicho la verdad. Esperaban la apertura de la bolsa de Roberto para dejársela vacía.

— A propósito — añadió Pedro Crawford.

— Si usted quiere puede jugar un momento con nosotros... Ya le consideramos como si fuera usted de la Junta.

Roberto obedeció, y empuñando las cartas empezó a jugar con aquellos dos caballeros que tan amables mostrábanse con él. Pero la suerte no se mostró tan propicia y perdió hasta el último dólar en aquel gabinetito, donde de vez en cuando entraba Aurelia para animarle a que siguiera jugando.

Al darse cuenta de que ya no quedaban en



*Aurelia era la encargada de atraer las víctimas*

la cartera más que papeles sin importancia, dijo Roberto :

— ¡Caramba! En mi recreo con ustedes he ido demasiado lejos. He perdido una cantidad que para mí es muy importante.

— No todos los días se tiene la suerte de cara, amigo. Ya se desquitará usted otra vez. Paciencia : el juego y las mujeres requieren constancia.

Y para dejar ultimado el negocio quisieron saber si había aún en Roberto algo explotable y le interrogaron :

— ¿A qué clase pertenecen los negocios que le han traído a usted a esta capital?

— Este maletín contiene muestras del agua mineral de Tupperspring, y estoy comisionado por mi abuela, que es la propietaria, para venderlo en las mejores condiciones posibles. La pobre está ya cargada de años y aun cuando el negocio es excelente, lo cedería en condiciones altamente beneficiosas.

Para afirmar sus palabras con pruebas contundentes Roberto sacó del maletín una de las botellitas de muestra que en el mismo llevaba y la exhibió a Crawford y a Sully, qué con gran avidez leyeron la etiqueta, que decía así :

#### AGUA MINERAL DE TUPPERSPRING

Cura radicalmente reumatismo, diabetes, catarros, lumbago, jaquecas, dispepsia, bronquitis, asma, riñones, cálculos, piedras, abscesos

Dejando la botella en el fondo del maletín y después de ver si en él había alguna cosa de valor, exclamaron a dúo los dos pájaros :

— ¡Demonio! Su agua mineral cura casi todas las enfermedades existentes. Es un verdadero prodigo...

— Mi abuela ha recibido ventajosas ofertas, pero no quiso venderla, y ahora tiene el orgullo de no querer recurrir a ninguno de los antiguos pretendientes del manantial, que es uno de los negocios más saneados que existen.



Roberto fué presentado a Pedro Crawford...

— Es una lástima, porque tengo todo mi dinero empleado en negocios de petróleo. Pero no creo que sea difícil hallar un buen comprador para el manantial, que casi lo parece también de dólares, según las referencias.

Mientras esta conversación tenía lugar, uno de los secuaces de Crawford penetró en la habitación y lo llamó para decirle reservadamente :

— Ande usted con cuidado, Crawford, que la policía se ha enterado del golpe que dió usted anoche y le anda siguiendo los pasos para detenerle.

— ¿De veras? — exclamó éste asombrado

y miedoso. — Y yo que me figuraba que había sabido despistar con mi habitual maestría...

— Pues mire, yo le aconsejo que se ausente usted por una temporada. Siga mi recomendación y se evitará usted un gran disgusto.

— Tal vez tengas razón. No lo echaré en saco roto.

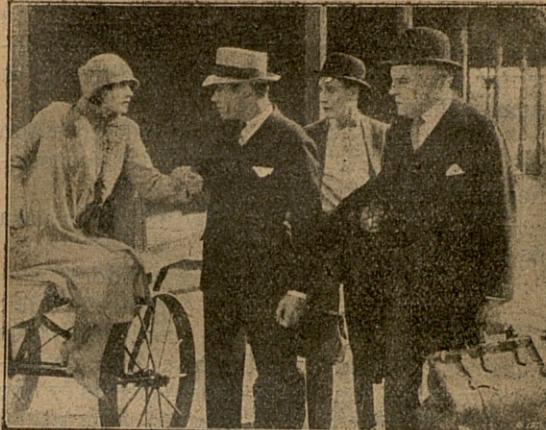
Crawford, aunque algo preocupado en el fondo por la advertencia que acababa de recibir, dijo a Roberto :

— Joven : he reflexionado, y como la fiebre de negocios en que vivo me ha producido cierta irregularidad en las digestiones, iré a pasar unos días al campo y de paso me llegaré a visitar el manantial de su abuela y examinaré si el negocio me puede convenir.

— No perderá usted el tiempo, señor Crawford ; se lo aseguro. Yo avisaré inmediatamente a mi abuela de su próxima visita para que esté preparada para recibirla como usted se merece.

Luego, dirigiéndose a Aurelia al par que se encaminaba hacia la puerta con el maletín que contenía las muestras de su precioso producto, la dijo :

— Señorita, espero que la veré a usted también en Tupperspring y que la podré saludar y devolverla las mil atenciones que ha tenido usted para mí, las que no podré olvidar nunca, constituyendo usted una de las notas más agradables de mi breve estancia en San Francisco.



*Aurelia se niega a secundar a sus cómplices*

Y al cerrar la puerta Roberto suspiró fuertemente, no sabemos si de amor por Aurelia o como despedida a los billetes que antes ocupaban su cartera y que habían pasado con suma rapidez a la de Crawford, el gran financiero que acababa de conocer gracias al desinterés de Aurelia. — La verdad es que en la capital hay gentes amables y serviciales — decíase a sí mismo...

Roberto regresó como pudo al manantial y se guardó mucho de confesar a su abuela que en el juego había perdido la cantidad que ella le diera para gastos de viaje. Al contrario : cuando se presentó a recibirla tuvo buen cui-

dado de saltar del vagón de mercancías en que había hecho el viaje y se dispuso a inventar un cuento que dejara patidifusa a la buena señora.

— ¿Qué tal, Roberto? ¿Cómo has regresado tan pronto? ¿Ya has resuelto satisfactoriamente el asunto?

— Ya lo creo, abuelita. Soy un hacha para los negocios...

— Pero ¿dónde está el comprador?

— Ya verás. Al llegar a la capital me dije: Debes darte vida de príncipe, frecuentar clubs y casinos elegantes; y así lo hice. Ello me permitió rozarme con hombres de negocios, y uno de ellos, el señor Pedro Crawford y su íntimo amigo el señor Jacobito Sully, rey de la hulla, vendrán uno de estos días a inspeccionar el manantial, y seguro que lo compran y te pagarán por él una crecida cantidad.

## II

Como tan galantemente había anunciado Roberto a su abuela, que en el entusiasmo ni se había acordado de pedirle los sobrantes del gasto del viaje, se presentaron días después en el manantial Pedro Crawford, Jacobito Sully y la hermosa Aurelia, terceto invariable de todos los negocios en que se trataba de vaciar al prójimo.

Roberto no cabía en sí de gozo, y a medida

que los fué presentando a su abuela usó y abusó de los adjetivos ponderativos en tal forma que ya no había compañía ni empresa algo importante en los Estados Unidos que no estuviera en las manos de Crawford y Sully. Pero la experiencia de las canas no se burla fácilmente, y la abuela, a quien llamaremos la señora Palmer, por ser ese su apellido, se puso inmediatamente en guardia contra los visitantes, a los que, sin embargo, no dejó entrever ni un ápice del recelo con que les trató a partir de su llegada, no sin dejar de creer que les vendería el manantial aun cuando ellos procuraron desde el primer momento disimular sus deseos de adquirirlo.

Después de un rápido y primer paseo por los terrenos y por los bellos alrededores que encuadraban el edificio, modesto, pero concurrido por los enfermos de los alrededores (a los que más curaba la fe y la leyenda que las reales propiedades de las aguas), sentáronse al pie de un árbol centenario que prestaba el abrigo de su sombra y elevaba su soberbia copa por encima del edificio, y empezaron a tratar la parte económica del negocio.

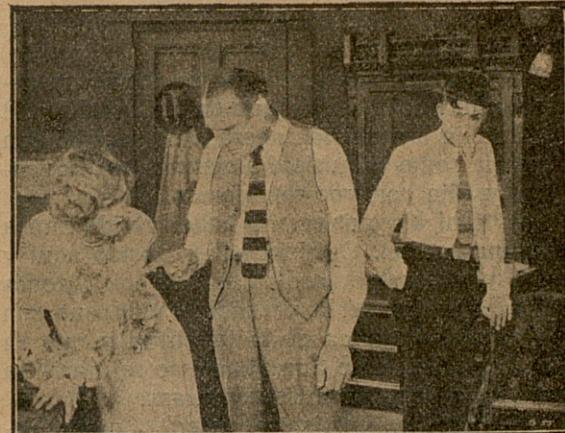
— Ya han visto ustedes, señores, lo que comprende la propiedad. Las aguas, los terrenos y el hotelito, al que hubiera dado mayor impulso si no fuera mi edad avanzada y mi deseo de venderlo. Pero este manantial en manos de hombres emprendedores y co-

nocedores como ustedes de los resortes infalibles de todo negocio, constituirá una fuente de riqueza, que al divulgarse gracias a la mayor propaganda moderna que ustedes harán de mis aguas, será un negocio estupendo como para entusiasmar al más indiferente.

Al discurso de la abuela debía contestar Crawford, y no tardó en hacerlo dando también a sus palabras toda la importancia de un pretendido negociante que él, con su maestría, daba al tipo toda la sensación de realidad. Atusóse la larga barba que le daba un aspecto respetable, única razón de que la usara, y dijo:

— Señora: No dudo de sus palabras, pero los gastos que nosotros hemos de llevar a cabo para poner el establecimiento en marcha, la renovación del edificio, el confort moderno de que queremos dotar al hotel y un sinnúmero de reformas como el arreglar la carretera, que contiene tantos baches que, la verdad, me temo que muchos enfermos a los que las aguas curarían, mueran por el camino por efecto del traqueteo... De modo que treinta mil dólares me parece una suma excesiva para su negocio, señora Palmer.

Mientras tenía lugar ese cambio de latosos discursos en los que cada cual perseguía su objeto, los dos jóvenes, Aurelia y Roberto, se habían dirigido al rincón más poético del ameno jardincillo, y allí ocultos a las miradas de todos cambiaban un inocente diálogo:



— Si nos traicionas te acordarás de nosotros...

— ¿Verdad, señorita, que en este rincón no se echa de menos la bulliciosa capital, su ajetreo, su ruido y sus mil peligros?

Aurelia quedó pensativa. Aquellas palabras, dichas con tanta ingenuidad, habían despertado en su alma una repentina aversión por su vida pasada y se sentía indigna de manchar con su presencia aquel rincón todo paz y amor en pleno seno de la pródiga naturaleza. Desde que se hallaba en aquel ambiente Aurelia se había prometido a sí misma regenerarse y sentirse digna del aprecio que la profesaba Roberto. Pero al decir aprecio la propia joven se engañaba a sí misma. Por eso tardó algo en

responder a la pregunta de Roberto, que volvió a insistir :

— Dígame, señorita : ¿no se encuentra usted aquí mucho mejor que en el Club Rialto?

Aurelia levantó la cabeza, que sacudió con energía como si quisiera alejar sus pensamientos, y dijo con voz temblorosa :

— ¡Oh! Yo quisiera no haber vivido nunca en una capital. Quisiera haber nacido aquí y sólo conocer ese jardín, esos árboles, todos esos encantos de la verdadera vida que son tan gratos al alma de la juventud y que en las capitales como San Francisco se marchita en busca de imposibles venturas...

— Pero ¿se entristece usted? Cuánto lamento haber sido tan desgraciado que al desear serle amable he despertado en usted la tristeza de la vida mecánica y agitada del Club Rialto.

Aurelia se estremeció y creyó comprender en las palabras desprovistas de intención de Roberto alguna ofensa para ella, algo así como si quisiera demostrarla que había comprendido la clase de vida a que se dedicaba y el papel que representaba en la marcha de aquel encubierto antró.

Roberto, al ver cubrir del rubor de la vergüenza sus mejillas se le acercó, y tímidamente primero y con mayor decisión después, la sujetó por la cintura y la atrajo hacia sus brazos con dulce ademán insinuador... Los rubios cabellos de la joven rozaban su cara

y al incentivo de aquel cosquilleo, Roberto, en un sincero arranque de amor, apretó sus labios fuertes, varoniles y acariciadores a los de Aurelia, que no despreció el contacto y que sintió la inefable sensación de un amor puro con el que siempre había soñado y para el que había guardado entre los mil peligros del ambiente en que vivía su pureza virginal.

La abuela no había dejado de observar el diálogo sin palabras que sostenían los dos jóvenes, pero en que las almas hablaban; y aun cuando ya tenía su juicio formado respecto a los dos compradores, pues sabido es que por la boca muere el pez y los dos habían hablado hasta por los codos, no dejó tampoco de apreciar el candor de la joven y se prometió a sí misma hacer algo en beneficio de aquella criatura.

Aurelia, encantada de la acogida que allí la habían dispensado, se sentía más alejada que nunca de sus cómplices, y un ansia infinita de bondad la atenazaba el alma, que empezaba a dar los primeros pasos por la senda del bien.

Su conducta contrastaba con la de Crawford y Sully, que habíanse trazado un plan cuyos detalles estaban ultimando.

— Amigos míos — dijo Crawford — se me acaba de ocurrir una combinación soberbia. Ofrecemos a la vieja quinientos dólares por una opción de quince días; telegrafiamos a Charley para que se finja comprador y ofrezca una cantidad de diez mil dólares más

de lo que ella pide, y entonces la vendemos la opción por cinco mil dólares, y con esta suma en el bolsillo regresamos tan contentos a San Francisco, habiendo descansado unos días y después de haber realizado un buen negocio.

Aurelia, que se hallaba también presente, no daba muestras de entusiasmo por lo que sus compañeros le dijeron :

— ¿Pero qué te pasa, Aurelia? ¿No te alegras?

— He de deciros que conmigo no contéis para nada. Quiero regresar a San Francisco cuanto antes. ¡Ya estoy harta de esta vida y no quiero ayudaros nuevamente a cometer una mala acción!

Crawford saltó de su silla, y asiendo a Aurelia por un brazo la causó tan vivo dolor que quedóse lívida al mismo tiempo que la decía amenazador :

— ¡Tú harás lo que yo te mande, y pobre de ti si nos traicionas!

A la mañana siguiente un nuevo huésped se había personado en el hotelito.

Tenía aspecto respetable, y sólo una sordera terrible le hacía penoso el servirse de una trompetilla acústica que llevaba continuamente colgada del chaleco.

A los dos consocios, Pedro Crawford y Jacobito Sully, no les dió muy buena espina la presencia de este huésped, en el que creyeron (el miedo y la conciencia sucia siempre ima-



*La abuela llevó su plan adelante y los timadores...*

ginan enemigos) adivinar a un policía de San Francisco, destacado al hotel para perseguirles, husmear en sus negocios y detenerlos cuando llegara el caso. Tal vez no andaban del todo descaminados, pero se equivocaban lamentablemente en la procedencia del agente, porque como les ocurre a los vivos, siempre se creen que no hay nadie que lo sea más que ellos. Jacobito, que siempre echaba las cosas a broma, dijole a Pedro para serenarle :

— Pero ¿por qué te extraña si es policía? También los guardadores del orden pueden estar enfermos. ¿No sabes que el agua ésta cura todas las enfermedades?

giendo admirablemente su papel de comprador. En su conversación con la abuela Palmer dejó entrever la posibilidad de que pudiera efectuar una venta ventajosa, pero para ello le indicó claramente que debía comprar por la cantidad prudencial que fuese la opción que había recibido de Crawford. El plan estaba bien tramado por la razón de que la señora Palmer, al ver un negocio tan claro en perspectiva, dejaría de tener en consideración la oferta de Crawford, a quien le daría a gusto hasta los mil dólares por ellos tasados como resultado del golpe, con cuya cantidad ya se daban por satisfechos y se largarían tan campantes, preparando otro plan.

Sola en su habitación Aurelia seguía el curso de las conversaciones, viendo como el plan de sus cómplices iba por buen camino. Aurelia advirtió a Roberto la verdad de todo: su situación, su trato con los cómplices y lo que éstos pretendían. Terminó su explicación diciendo sinceramente:

— Ya le he referido a usted la verdad de lo ocurrido... Ahora júzgueme usted para que sepa yo si merezco aún su amor.

— Por de pronto — replicó Roberto, — lo interesante es advertir a mi abuela del peligro que corre; después hablaremos de nuestros asuntos, que de momento son secundarios ante el peligro que corremos de vernos desposeídos de todo y mermados los recursos de mi pobre abuelita.



*El negocio se presentaba brillante para los malvados*

Ni que decir tiene que la abuela quedó muy sorprendida de lo que Roberto le revelaba, pero buscó en su experiencia de la vida la manera de burlarse de los que intentaban despojarla valiéndose de tan hábil maniobra. Mas su plan permaneció en secreto. Al día siguiente, como dejado al descuido, apareció encima de una de las mesas del hotel el siguiente telegrama:

— «Señora Palmer:

Si no tiene usted compromiso, no venda terrenos por estar comprendidos en trazado nueva vía férrea. — PRETWS»

La vista del telegrama por parte de Crawford

ford despertó en el ánimo de éste la codicia y se propuso obrar por su sola cuenta a fin de que Charley no tuviera parte en el estupendo negocio que iban a realizar él y Sully.

La conversación entre los dos cómplices fué rápida y en ella quedó ultimado el nuevo plan.

— Ya verás : compraremos el terreno con nuestro propio dinero y luego lo vendemos a la Compañía del ferrocarril.

— Pero, por Dios, que no se entere Charley, porque hará el negocio por su cuenta.

— Llegará tarde. Escribo a mis compinches que nos manden el dinero necesario, se lo damos a la vieja y mañana mismo vendemos los terrenos a la Compañía.

— Acordado... Pero con mucho sigilo.

Al día siguiente el cartero trajo un abultado pliego de valores declarados destinado a Crawford. Allí estaba el producto de varias de sus fechorías, y con aquella suma pensaba realizar la última. Inmediatamente se dirigió a la habitación de la señora Palmer.

— Señora, aquí tiene usted los treinta mil dólares que pide usted por su hotel y terrenos. En cuanto al agua estoy convencido de todas sus propiedades...

— No tengo prisa... — dijo la vieja astutamente.

— Pues yo creo que lo mejor es que firmemos el contrato ahora mismo. Yo ya tengo en mi poder la suma convenida. Aquí la tiene



*Roberto la detuvo cuando se marchaba...*

usted : firme, que el contrato ya está extendido en toda forma.

En efecto : Crawford, por primera vez en su vida, había redactado y firmado ya por su parte un contrato legal.

— Perfectamente — dijo la abuela. — Acepto para que vean ustedes que soy persona de palabra ; pero es para mí un gran perjuicio... Hubiera sacado el doble.

— No lo creo — dijo Crawford. Hace usted un excelente negocio... Nosotros lo que vamos a hacer es explotar la concesión, para lo cual hemos de partir inmediatamente.

La abuela firmó y recibió los billetes que

examinó detenidamente y luego guardó en la caja de caudales disimulada en la pared de su dormitorio.

Crawford salió inmediatamente del apartamento y reunióse con su amigo, que ya le estaba aguardando con impaciencia.

— Ya son nuestros los terrenos. Ahora a la Compañía de ferrocarriles inmediatamente.

— Sí, sí, volando, sin perder instante.

Pero cuando, maleta en mano, se disponían a salir del hotel se les atravesó el huésped sordo, que, enseñando la placa y apuntándoles con su pistola, les dijo con cierta ironía :

— Jovencitos, quedan ustedes detenidos...

Viendo que toda resistencia era inútil, Crawford quiso convencerle por las buenas al agente diciéndole :

— No creo que hayamos cometido delito alguno, señor...

— Claro que no, porque yo no les he dado tiempo y porque ha habido alguien mucho más listo... digo, lista, que ustedes. Voy a explicarme.

Siempre encañonados por el revólver del agente, Crawford y Sully tomaron asiento. El agente prosiguió :

— Deben ustedes saber que el manantial de agua mineral propiamente dicha no existe. La señora Palmer echa cada noche en el agua unas pastillas que contienen la substancia mineral que le debe dar el sabor y las propiedades

curativas : eso como primer dato... Y como segundo dato han invertido ustedes los treinta mil dólares producto de sus rapiñas en unos terrenos que la Compañía del ferrocarril no los precisa ni los ha codiciado nunca. El telegrama era redactado por la señora Palmer, con mi pleno conocimiento, para darles a ustedes una lección, y de paso poder obtener el dinero tan innoblemente adquirido por ustedes y al que ella dará un fin benéfico. De modo que han sido ustedes los timadores timados...

Crawford y Sully quedaron como atontados, y fué preciso echarles al rostro un vaso de la famosa agua... Momentos después, sin que nadie se diera cuenta, Aurelia, con su maleta en la mano abandonaba el hotelito. Pero a tiempo llegó Roberto de detenerla, diciéndola :

— No puedo permitir que usted se marche. Su nobleza de corazón y su inocencia en los asuntos de esta pandilla me son sobradamente conocidos para que no me interese por usted.

— Gracias, Roberto. No podía esperar menos de su buen criterio, que ha juzgado bien ; porque yo sólo trataba de que ellos fracasasen. Recuerde que yo le avisé.

— Es cierto — dijo la abuela, que se reunió a ellos en aquel momento, mientras el agente se llevaba a los dos timadores. El dinero es en parte vuestro, y mi deseo es que lo dediquéis a elaborar vuestra futura felicidad.

La mejor respuesta la dieron los dos jóvenes besándose tiernamente, mientras a lo lejos se percibía aún como un pasado que desaparece, el agente de policía que se llevaba a los dos malhechores, que esta vez habían sido burlados...



—Ojalá. Pero si al final no me quedo con el coche, no me importa. —Al final, el agente de policía se llevó a los dos malhechores, que esta vez no tuvieron más remedio que separarse. —Ojalá. Pero si al final no me quedo con el coche, no me importa. —Al final, el agente de policía se llevó a los dos malhechores, que esta vez no tuvieron más remedio que separarse.

# Biblioteca Ilusión

## TÍTULOS DE LOS TOMOS PUBLICADOS

1. GARRAS FEROCES, por Alma Rubens y Jack Mulhall
2. YO NO TENGO CELÓS, por Shirley Mason
3. EL TRONO DE LA CODICIA, por Seena Owen
4. EL ORGULLO DEL BARRIO, por Reed Howes
5. EL LOCO FURIOSO, por Reed Howes
6. MONEDA CORRIENTE, por John Gilbert
7. PRÉSTELE SU MARIDO, por D. Kenyon y D. Powell
8. CERCADOS POR LAS LLAMAS, por William Haines
9. LA SENDA DE LAS ESTRELLAS, por S. Mason
10. LA AMENAZA ROJA, por Jack Hoxie
11. AMAPOLA, por María Nerina y «Pitusin»
12. EL TRIUNFO DE LA VERDAD, por Jack Hoxie
13. A TODA VELOCIDAD, por Reed Howes
14. RICARDITO, NIÑO BIEN, por Ricardo Talmadge
15. EL PUENTE DE LOS SUSPIROS, por D. Mac Kill
16. POR AQUÍ NO SE PASA, por Charles Jones
17. LA DESCONOCIDA, por Shirley Mason
18. LA PUNTUALIDAD DE RICARDO, por R. Talmadge
19. ESPUELAS Y CORAZÓN, por Charles Jones
20. LINAJE DE LUCHADOR, por Tom Mix
21. «CASADOS?», por Owen Moore
22. PALOMITA MENSAJERA, por Fred Thompson
23. LA HACIENDA DE LOS DUENDES, por Hoob Gibson
24. EL ETERNO MURMULLO, por Tom Mix
25. UN SECUESTRO EN ALTA MAR, por House Peters
26. EL TERROR DEL MALPAÍS, por Charles Jones
27. AL ABRIRSE LA PUERTA, por Jacqueline Logan
28. VENDAVAL, por Tom Mix
29. MANCHA PÓR MANCHA, por George O'Brien
30. SUEÑOS DE OPIO, por Ricardito Talmadge
31. EL MONARCA DE LA SIERRA, por Tom Mix
32. DON DEMONIO, por Jack Hoxie
33. VIA LIBRE, por John Bowers y Margarita de la Motte
34. LA LEY DE LOS PUÑOS, por Charles Jones
35. EL NIÑO DE TEXAS, por Tom Mix
36. EL HUERTO DE LOS DUENDES, por Charles Jones
37. EL VAGABUNDO, por Fred Thompson
38. EL VAQUERO SEVILLANO, por Tom Mix
39. LA HIJA DEL BANDIDO, por Josie Sedgwick
40. BURLANDO A LA MUERTE, por Fred Thompson
41. EL PARAÍSO NEGRO, por E. Lowe y M. Bellamy
42. EL PRECIO DEL DESIERTO, por Charles Jones
43. PASTOR A TIROS, por Tom Mix
44. EL ENGAÑO, por Harry Carey (Cayena)
45. EL LADRÓN BLANCO, por Jack Hoxie
46. LA ALCALDESA, por Josie Sedgwick
47. EL ESPEJO DEL ALMA, por Leslie Fenton
48. LUCHA DE JUVENTUD, por William Fairbanks
49. EN LA HABITACIÓN DE MABEL, por Mary Prevost

Precio : 25 céntimos